

veces la «fatalidad» del surgir del nacionalismo, que nos lleva a pensar que su paternidad puede ser fácilmente reclamada por quien sea, no estando nada clara.

El carácter casual del nacionalismo, que se debe al encuentro fortuito del capitalismo, tecnología y lenguas vernáculas, favorece la manipulación de estos factores actuada por cualquier ideología que se oriente a las masas. Siendo éstos relacionados con la existencia de una multitud, ésta puede ser fácilmente interpretada como pueblo; es decir, la ideología aleja al nacionalismo de la muchedumbre genérica para dirigirlo hacia aquella particular constituida por el pueblo.

Conservando el carácter plural del nacionalismo, en el sentido que éste sigue dirigiéndose a una multitud esta vez específica, la ideología le acerca a la revolución, que es el medio por el cual el pueblo entra en la Historia, para reforzarla y proveerla de las fuerzas que le faltan para llegar a la victoria.

El nacionalismo se convierte entonces en la energía que mantiene la unidad del pueblo, unidad necesaria para realizar la revolución, confirmada no sólo por la convergencia de los fines, sino también por la común historia pasada.

Merece la pena hacer una breve alusión al segundo objetivo que se propuso Anderson al escribir este ensayo: la demostración del origen no europeo del nacionalismo. Atribuyendo una buena dosis de miopía a los estudiosos del Viejo Mundo, les acusa de tener una provinciana actitud eurocéntrica en lo que concierne al surgir de la conciencia nacional. Principalmente opone a esta posición el hecho incontrovertible de la fecha de la Declaración de Independencia, que precede en un decenio a la Revolución francesa, frecuentemente identificada por la historiografía como el primer brote de nacionalismo.

No creo que tenga mucho sentido determinar quién cruzó la raya primero (¡al fin y al cabo sólo se trata de trece años!), sino que es más interesante considerar ambos acontecimientos como señales de que en la Historia estaba en curso un cambio que marcaría profundamente los dos siglos que siguieron.

SOBRE LA NACIÓ DELS VALENCIANS. (Joan F. Mira)

FERNANDO ABAD ROSÓN

Desde la toma de posiciones comprometida acostumbran a aparecer formulaciones que, con demasiada frecuencia, no pasan de ser una llamada al sentimiento, al corazón de aquellos a quienes van dirigidas. Se olvida el juego de la razón (entendida como contraria a la sinrazón), de la lógica deductiva y la argumentación factual a que estamos acostumbrados y que hace de teorías y ensayos algo más que panfletos. Aun siendo inevitable la inclusión de premisas irrenunciables, que resultarán más o menos convincentes según se adscriban a lo que a

primera vista parezca lógico y aceptable al lector (o según la capacidad de éste para renunciar a lo que a su parecer son las cosas), éstas pueden presentarse más o menos capaces de esta misión divulgativa. Leyendo *Sobre la nació dels valencians*, de Joan F. Mira, se puede estar más o menos de acuerdo con las conclusiones ideales, con los proyectos de futuro que en último término se exponen; pero no se puede negar la honesta y razonable capacidad comunicadora de la obra, la claridad con que se presentan el problema y, en el desarrollo posterior, la historia del País Valenciano y los términos que lo definen y han definido desde su aparición. Lo que hace del libro, en mi opinión, una lectura sintética y obligada para quien quiera adentrarse mínimamente en la realidad valenciana de hoy sin perder la perspectiva histórica, tan importante para la comprensión, o como mínimo interpretación, del presente.

¿Qué somos?

Aunque en esto comienza a adivinarse un cambio lento y deseable, la herencia de siglos en la concepción de la Historia de España ha privado a estudiantes de enseñanzas medias y universitarias (por no hablar de los escolares) de poder entender la Historia de España como Historias de las Españas (o de lo que sólo *a posteriori* dio lugar a España), de los diferentes procesos que, continuados o interrumpidos, según los ojos de quien los mira, han dado lugar a la que hoy tenemos entre nuestras manos (este estado que no se sabe muy bien si es un país hecho de países, una nación hecha de pueblos, o quién sabe qué paradoja de términos). La carencia que a este respecto denuncia el autor en la concepción que los valencianos tienen de sí mismos (la de haber podido considerarse ellos mismos al margen de la patria o la nación española) la tenemos, para ser rigurosos, la práctica totalidad de los españoles.

Historia y autoconsciencia

Partiendo de la importancia que para un pueblo tiene la autoconsciencia histórica, se ofrece un repaso bastante conciso de la historia del País Valenciano, desde la fundación del Reino de Valencia como entidad política diferente y diferenciada del Reino de Aragón y el Principado de Cataluña. Se manifiesta el innegable origen catalán del pueblo valenciano, la coincidencia de la lengua que se habla en el principado y en Valencia y la independencia política originaria del *Regne* derivada de esa procedencia (frente a las peregrinas teorías que pretenden hacer del valenciano la lengua que siempre se habló allí, que no dejan, por otro lado, de responder a la mencionada necesidad de encontrarse,

de encontrar la propia identidad en una maraña como ésta en que vivimos). Mejor sería, pues, según Mira, que la propia identidad se recupere de lo que fueron las cosas: al parecer, la historia anterior a la creación de España como estado.

En el marco de este análisis histórico juegan un papel crucial en el hilo expositivo-argumental del libro los términos en que se ha definido y desdibujado la valencianidad, tanto entre los pensadores como en los diferentes grupos políticos, sean estos definidamente valencianos (regionalistas, nacionalistas) o no (partidos de ámbito nacional-español), y también en el complejo simbólico nacional valenciano (bandera, himno). La encendida defensa de la no catalanidad del pueblo y la cultura valencianos, bandera de un determinado sector de la clase política del País Valenciano, se presenta no sólo como consecuencia de una aberración histórica, sino más bien como una cara más de la polifacética búsqueda de identidad a que se ve forzado un pueblo decapitado.

¿España es Castilla?

La castellanización es presentada en el ensayo como el germen del problema identitario valenciano. Pero cuando se habla del vaciamiento de la sociedad valenciana de unas élites representativas y de la sustitución de éstas por otras, castellanas, se obvia un hecho: que es en las élites y en sus juegos de poder donde se decide, normalmente, el destino de los pueblos, mal que nos pese. Y no sólo es así en el caso valenciano. Fue la decapitación de las élites castellanas en 1521 la que dio al traste con la posibilidad de una Castilla independiente del Rey —¿no había capitulado ya Aragón ante Carlos I?—, y la que abocó al pueblo castellano como, denuncia el autor, ocurrirá al valenciano en su particular proceso, a no poder ser al margen de España. Bien es cierto que la recastellanización de Castilla no es posible en lo cultural y lingüístico. Pero en lo político no se puede hablar de España al margen de Cataluña y el País Valenciano, porque España se fundó no sólo sobre tropelías contra la Corona de Aragón, sino sobre tropelías también contra Castilla. Y la España castellana de que se habla en *Sobre la nació dels valencians* no es la España de los castellanos, sino la de ciertas élites favorables al rey, dentro de la sociedad castellana. Tal vez la recuperación de la historia particular sea objetivo deseable y prioritario no sólo en Valencia, sino también en lo que históricamente fue Castilla. Sin olvidar, eso sí, que a partir de un determinado momento, las Historias de los pueblos de España, con sus peculiaridades, van de la mano, y que la Historia de un pueblo, como puede entenderse en el realismo analítico de Mira, se ha de asumir entera si se quiere mirar adelante.